

EDICIÓN DE
MICHAEL SIMS

VILLANOS VICTORIANOS
UNA ANTOLOGÍA



Los mejores timadores, ladrones, granujas y rufianes de la época de Sherlock Holmes, reunidos en un solo volumen.

Aunque las hazañas de los detectives más importantes de la época victoriana se han reunido en incontables antologías, los grandes artistas de la estafa y el robo habían eludido hasta ahora la captura. Estos doce relatos sobre villanos y sus fechorías —auténtico subgénero de la literatura policiaca— vienen a remediar ese descuido y congrega en un solo volumen a los más encantadores sinvergüenzas de la era del alumbrado de gas, entre mediados de la década de 1890 y principios de los años veinte del siglo XX.

J. Raffles, el coronel Clay, Fortuna-Rápida Wallingford, el infalible Godahl... Los legendarios criminales de estas historias se arman con su ingenio más que con pistolas. El lector encontrará, pues, falsificaciones de arte y contrabando de diamantes, pero ningún cadáver en la biblioteca. Sus escandalosas fechorías, que cuestionan el ideal de conducta de la sociedad victoriana y sus groseros valores materialistas, son en realidad un robinhoodiano esfuerzo por equilibrar la balanza de la justicia y redistribuir la riqueza más allá de las propias arcas. Pero ya sea robando en Londres o estafando en Nueva York, lo que queda claro en esta antología es que, ante todo, tanto autores como personajes se lo están pasando verdaderamente en grande.

ÍNDICE

Agradecimientos

Los tontos y su dinero

Bibliografía adicional

VILLANOS VICTORIANOS. UNA ANTOLOGÍA

GRANT ALLEN

El episodio de los gemelos de diamantes

GUY BOOTHBY

Los diamantes de la duquesa de Wiltshire

E. W. HORNUNG

La posesión es lo que cuenta

ROBERT BARR

El misterio de los quinientos diamantes

ARNOLD BENNETT

Una comedia en la Costa Dorada

WILLIAM LE QUEUX

Historia de un secreto

O. HENRY

La cátedra de Filantromatemáticas

GEORGE RANDOLPH CHESTER

Fortuna-Rápida Wallingford

FREDERICK IRVING ANDERSON

La gallina ciega

WILLIAM HOPE HODGSON

El espía de diamantes

SINCLAIR LEWIS

El paseo de los sauces

EDGAR WALLACE

Jane Cuatro Cuadros

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dar las gracias a los antólogos y expertos que han despertado mi interés por este entretenido subgénero de la narrativa policíaca, sobre todo a Ellery Queen y a Otto Penzler. Mientras he trabajado en esta colección, Otto no ha hecho sino aconsejarme y darme ánimos. También, y de forma especial, al antólogo Douglas G. Greene; a Roger Johnson, miembro de los Irregulares de Baker Street y editor de *The Sherlock Holmes Journal* de Inglaterra; a Steven Womack, escritor de novela policíaca y siempre el mejor, y a Larry Woods, un viejo amigo, enciclopedia viva de la literatura de misterio y copropietario (junto con la encantadora Saralee) de BookMan/BookWoman, en Nashville, donde descubrí por primera vez a algunos de estos autores y personajes. Por su ayuda, ayuda que abarca desde comentarios sobre los textos hasta la selección de las historias, gracias a Alan Bostick, María Browning, Michael Dirda, Jon Erickson, Casey Gilí, Karissa Kilgore, Jane Langton, Michele Slung y Art Taylor. Gracias a Cesare Muccari y a la excelente plantilla de la Biblioteca de Greensburg Hempfield Area; en especial, a esas dos infatigables buscadoras de libros que son Cindy Dull y Linda Matey. Como siempre, el resuelto equipo de Penguin ha sido magnífico. Gracias a la directora editorial Elda Rotor, a la asistente de edición Lauren Fanelli, a la directora de publicidad Maureen Donnelly, a la editora de mesa Jennifer Tait, a la correctora Randee Marullo y a la publicista Courtney Allison (no se confunda con la investigadora privada homónima). Y valga mi eterna gratitud a mi mujer, Laura Sloan Patterson,

la auténtica experta titulada de la familia, que sigue alentándome y ayudándome en mis correrías por los polvorientos rincones de la historia de la literatura.

Los tontos y su dinero

«A los tontos no les dura el dinero», escribió Thomas Tusser, el autor inglés del siglo XVI que también hizo la sagaz observación de que solo es Navidad una vez al año. Como demuestran tanto la historia como las noticias diarias, en el mundo hay tantos tipos de ladrones como de estupidez. No sorprende que, a menudo, una cosa atraiga la otra. El libro que ahora tiene usted entre las manos está poblado de astutos ladrones que se ganan la vida haciendo que a los tontos no les dure el dinero de la forma más eficiente y tan a menudo como les es posible.

La primera vez que me interesé por el subgénero de los relatos de fechorías dentro de la literatura policíaca me puse a buscar alguna recopilación sobre estos encantadores sinvergüenzas. Para mi sorpresa, la búsqueda fue en vano. No existía tal libro. Aunque los detectives importantes de la época se habían reunido en antologías una y otra vez, los ladrones y los grandes artistas de la estafa, en su mayoría, habían eludido la captura. Así que, al final, sugerí a Penguin que, juntos, remediásemos ese descuido. En este volumen, por primera vez, los mejores maleantes de la época del alumbrado de gas se congregan en el mismo lugar.

Nuestra reunión incluye a distinguidos invitados ajenos al campo del misterio y la investigación. ¿Quién sino los más eruditos académicos recuerdan que el estadounidense Sinclair Lewis, ganador de un Premio Nobel, y el novelista británico Arnold Bennett escribieron alguna que otra historia de detectives? La mayoría de las colecciones de narrativa breve de O. Henry omiten sus relatos policíacos, a ex-

cepción de las sensibleras crónicas del ladrón de cajas fuertes Jimmy Valentine, y así dejan pasar las aventuras de sus timadores itinerantes por la América provinciana. William Hope Hodgson, famoso por sus ficciones sobrenaturales, también escribió un buen número de relatos sobre un astuto contrabandista.

Puede que los entusiastas de la narrativa policíaca victoriana y eduardiana encuentren aquí a sus autores favoritos trabajando al otro lado de la ley. Algunos de los grandes ladrones de esta época fueron creados por escritores conocidos por sus populares justicieros. Por ejemplo, el prolífico Edgar Wallace, al que hoy se recuerda sobre todo por su detective J. G. Reeder, aporta una de las aventuras de este volumen, protagonizada por una estafadora apodada Jane Cuatro Cuadros. Y, por supuesto, los ladrones legendarios también están presentes aquí: A. J. Raffles, el coronel Clay, Simón Carne, Fortuna-Rápida Wallingford o el infalible Godahl. Omito al hábil Arsène Lupin porque ya he dedicado un libro entero a sus aventuras: *Arsène Lupin, Gentleman-Thief* (Penguin Books, 2007). He incluido un único relato, algo peculiar, sobre un detective (la primera aventura del francés Eugène Valmont, de Robert Barr), porque toda la acción está dirigida, entre bastidores, por un ladrón.

Este volumen recopila relatos sobre ladrones de la época del alumbrado de gas, de modo que debo definir tanto «época del alumbrado de gas» como «ladrón». La taxonomía de los géneros de ficción no es más precisa que la de la literatura en general. Términos como «época del alumbrado de gas», *noir* o «novela negra» —al igual que «modernista» o «surrealista»— son etiquetas aplicadas a *posteriori* y por razones diversas. Puede que un escritor emplee la expresión «época del alumbrado de gas» para referirse a los mejores tiempos de Arthur Conan Doyle, y el siguiente la utilice para abarcar el reinado entero de la rei-

na Victoria, desde 1837 hasta 1901. Técnicamente, el periodo histórico real del alumbrado de gas empezó en 1807, cuando la calle Pali Malí de Londres se iluminó por primera vez como un reino de cuento de hadas. Edison inventó la bombilla incandescente —la lámpara de filamento que sustituyó al alumbrado de gas— en 1879, pero es probable que ninguna ciudad terminase de reemplazar todo el sistema hasta después de la Primera Guerra Mundial. En algunos lugares (Londres, Berlín, incluso Cincinnati) aún se utilizan farolas de gas en determinados barrios históricos.

Por tanto, me sentía a gusto usando el término para incluir relatos que se publicaron entre mediados de la década de 1890 y principios de los años veinte del siglo XX, más o menos la época de Sherlock Holmes. Para mí, la luz de gas evoca un estado de ánimo y una voz, ambos de una luminosidad romántica, con escenas destiladas de Robert Louis Stevenson, Charles Dickens y Arthur Conan Doyle. El término evoca un contexto urbano, pero sin la estruendosa molestia de las carreteras modernas; personajes sofisticados, pero no los cínicos del siglo XXI. En cuanto imagino una farola de gas, el departamento de efectos especiales de mi cabeza la rodea de niebla londinense. Luego llega el traqueteo de un cabriolé sobre la calle adoquinada y el relincho de un caballo..., aunque varias de las historias recogidas en este volumen se desarrollan en otros lugares de Europa o en los Estados Unidos, y las últimas aventuras incluyen teléfonos y automóviles.

En estas páginas, nuestro mundo cotidiano se desvanece: no hay televisión, no hay aviones a reacción, no hay ordenadores. ¿Evasión de la realidad? Por supuesto. ¿Podemos sentir nostalgia de una época que no hemos vivido? Al fin y al cabo, la nostalgia, dice el novelista chileno Alberto Fuguet, «no tiene nada que ver con la memoria». Desde nuestra perspectiva, ya sabemos lo que les espera a estos personajes a la vuelta de la esquina, en el siglo XX: bombar-

deos aéreos, genocidio, gas venenoso, armas nucleares. La época del alumbrado de gas está lo bastante cerca de la nuestra como para resultarnos familiar y lo bastante lejos como para parecer segura. Además, estos autores escribían con una envidiable libertad respecto a la investigación técnica. «Los relatos de esa época —observa el antólogo de literatura policíaca Larry Woods— evitan de forma justificada los problemas estructurales del misterio o los detectivescos de la tecnología, pues casi todos los métodos forenses conocidos para el lector moderno estaban entonces en ciernes o no habían alcanzado aún una extensa aplicación práctica». Tal vez no sea coincidencia que, en los mejores tiempos (dentro de la ficción) de los genios criminales, el culmen de la tecnología en la lucha contra el crimen fuera la lupa de Sherlock Holmes.

¿Y qué hay del término «ladrón»? Las páginas que siguen no están, desde luego, pobladas por los sospechosos habituales. Los criminales de estas historias se arman con ingenio más que con pistolas. El lector encontrará estafas y robos, falsificaciones de arte y contrabando de diamantes, pero no se tropezará con ningún cadáver en la biblioteca. He excluido a Lingo Dan, personaje de Percival Pollard, por ejemplo, porque no es solo un ladrón, sino también un asesino. Y lo mismo he hecho con Fantómas, *madame* Sara y compañía. Las amenazas de muerte no requieren talento. Tal y como implica el término «artista de la estafa», estos relatos tratan sobre la habilidad y la imaginación; es una reunión de granujas, no de villanos. No hay por qué tener miedo de invitarlos a cenar... siempre que no se los deje merodear solos por la casa.

Antes de la primera historia recogida aquí, que se publicó en 1896, ya había ladrones que reclamaban el estatus de caballero, pero su rapidez para desenfundar el revólver los descalificaba para este volumen. En 1882, *El rey de plata*, primer éxito popular del después famoso dramaturgo Henry Arthur Jones (en colaboración con Henry Hermán), pre-

sentaba a un caballero ladrón de cajas fuertes apodado la Araña. Se pasea por la escena con un «impecable traje de etiqueta», pero enseguida aprieta el gatillo si se siente amenazado. Otro ladrón bien armado, llamado Jack Sheppard en honor al bandido londinense del siglo XVIII inmortalizado en novelas e incluso en *La ópera del mendigo*, de John Gay, aparecía en un único relato en 1895. No es que mi ética a este respecto sea intachable. Aunque en general evitan la violencia física, algunos de estos personajes no están exentos de despreciables maquinaciones que ponen a la gente en peligro. En una de las historias, el timador llega a provocar un incidente internacional que podría haber desencadenado una guerra.

Aunque esta antología surge a partir de lecturas más extensas de este género y época, complementadas por el consejo de expertos en la materia, el índice refleja mis propios gustos. He cerrado la puerta a algunos ladrones populares en su momento porque me parecían, digamos, aburridos. Aquellos autores que carecen de sofisticación lo tienen difícil para convencernos de la urbanidad de sus personajes. En el periodo de entreguerras, por ejemplo, Frank L. Packard relató las escabrosas aventuras de Jimmie Dale (alias el Sello Gris) con un estilo lamentable. He aquí una muestra: «Con los labios apretados de rabia, los ojos de Jimmie Dale saltaron desde los hombros temblorosos de Burton a la figura inmóvil sobre el suelo». Los atléticos ojos del señor Dale no están invitados a nuestra reunión. Otros personajes que no han pasado la criba son Smiler Bunn, de Bertram Atkey, y la señora Raffles, de John Kendrick Bangs.

Algunos personajes que gozaron de cierta popularidad funcionaban mejor en la pantalla que sobre el papel. En 1919 se publicó la única novela de Jack Boyle sobre Boston Blackie, un criminal medio reformado y justiciero secreto; fue famoso durante décadas gracias a las continuas adaptaciones cinematográficas. A mediados de los años veinte, el inglés Bruce Graeme publicó una serie de relatos sobre Ri-

chard Verrell, un ladrón de cajas fuertes enmascarado apodado Camisa Negra. Escritor de éxito en ventas, roba por diversión hasta que una mujer descubre su identidad y lo obliga a robar (y a resolver crímenes) a petición suya. Camisa Negra también ganó en su traslado a la pantalla.

Sorprendentemente, en esta antología solo hay una mujer ladrona. Durante la época del alumbrado de gas, hubo multitud de mujeres detectives. C. L. (Catherine Louisa) Pirakis inició en esta carrera a Loveday Brooke en 1894. Tres años después, George R. Sims presentaba a Dorcas Dene. En el cambio de siglo, la prolífica L. T. Meade, en colaboración con Robert Eustace, publicó varias historias sobre la señorita Florence Cusack. La baronesa Orczy, creadora de *La Pimpinela Escarlata*, publicó la colección *Lady Molly de Scotland Yard* en 1910. Orczy también dio vida a la villana *madame Sara*, mientras que Meade nos regaló a la igualmente vil *madame Koluchy*. Al parecer, según las reglas no escritas de la época, las mujeres podían escribir, cometer asesinatos o resolverlos, pero los delitos menores se dejaban, en su mayoría, para los hombres. La única mujer ladrona de esta colección —sin contar a una colaboradora cuya identidad debe permanecer en secreto hasta que el lector se tropiece con ella— es la brillante Jane Cuatro Cuadros, personaje creado por un hombre, Edgar Wallace. Poco después, pero ya fuera de la esfera de esta antología, llegaron Sophie Lang, Fidelity Dove y sus compañeras.

La mayor parte de estos relatos provienen de series o colecciones sobre el personaje en cuestión. En casi todos los casos he leído y releído cada historia de la serie para determinar cuál representa mejor al personaje y a su autor. Una breve nota que pone en contexto tanto al uno como al otro precede a cada narración, para que el lector no tenga que estar yendo y viniendo entre el relato y la introducción para buscar referencias. Los relatos se han dispuesto en orden de publicación.

Aunque las historias de esta época nos hacen pensar en el término «caballero ladrón», no todos los malhechores de *Villanos Victorianos* son aristócratas (y, por supuesto, la última ladrona del libro no es un hombre). J. Rufus Wallingford salió él solo de la pobreza; el capitán Gault comanda un barco. El autor O. Henry, en especial, retrata la vertiente más proletaria de la vida criminal.

Parte de la diversión de estas fechorías reside en que reflejan el creciente escepticismo respecto a las virtudes victorianas oficiales. Algunos de nuestros protagonistas delincuentes son críticos de forma explícita con la sociedad y el mundo de los negocios en los que buscan a sus presas. O. Henry, que era un maestro a la hora de ridiculizar la jerga económica de la edad dorada estadounidense, describe en una ocasión un encuentro entre un ladrón, un estafador y un financiero como un congreso de «trabajo, comercio y capital». A su inapropiada manera, Jeff Peters (el timador de O. Henry) señala, refiriéndose a su compañero Andy Tucker, que en ningún sitio se puede encontrar a tres personas «con ideas más brillantes sobre pisotear al proletariado que en la empresa de Peters, Satán y Tucker, Sociedad Anónima». En uno de los relatos, Peters sale a cazar, con premeditación, al *Midas americanus*, el millonario de Pittsburgh.

Aparte del beneficio económico, dicho sea de paso, los móviles de estas historias incluyen financiar el amor verdadero y equilibrar la balanza de la justicia. Algunos de estos delincuentes están en realidad aquejados de una necesidad robinhoodiana de redistribuir la riqueza más allá de sus propias arcas. Jane Cuatro Cuadros roba a «gente con saldos bancarios inflados».

«Los ladrones respetan la propiedad —escribía G. K. Chesterton hace un siglo—. Simplemente desean que esa propiedad pase a ser suya para poder respetarla más».

Chesterton, creador del popular detective padre Brown, era un hombre de moral estricta en su obra. Tratando de convertir al criminal Flambeau y de sacarlo de su vida de latrocinio, el padre Brown le asegura: «Aún tiene juventud y talento; no crea que le durarán mucho en este negocio (...). He conocido a muchos hombres que empezaron como usted, bandidos honestos, alegres ladrones de los ricos, y acabaron cubiertos de fango».

Aunque algún que otro personaje de este libro termina embarrado, la mayoría no estaría de acuerdo con el cura. Siguen siendo bastante felices a pesar de que pasan años robando a los ricos (o tal vez gracias a ello). La suya fue la primera gran época en la que se permitía la recompensa para el crimen ficticio. Descontenta con los ideales Victorianos acerca de lo que era la conducta apropiada, la literatura policíaca de la época eduardiana permitió toda una serie de comportamientos escandalosos y, por el camino, satirizó los groseros valores de una sociedad cada vez más materialista. «Creo que a mucha gente le parecía bien que alguien pudiera conseguir algo gratis —señala el destacado antólogo y experto Otto Penzler—. La anarquía estaba en el ambiente».

En los círculos de la literatura policíaca, esta clase de anarquía llevó al periodo de jovial irreverencia reflejado en este libro. «Su conciencia era lo bastante flexible como para no causarle problemas —escribe Guy Boothby sobre el aristócrata Simón Carne—. Para él, lo que estaba planeando apenas era un robo, sino más bien una prueba artística de habilidad en la que medía su ingenio y su astucia ante las fuerzas de la sociedad en general». A pesar de ello, no todos los intentos de estafa tienen éxito. Una de las historias de este volumen (aunque, por supuesto, no voy a decir cuál) fracasa de forma estrepitosa; la naturaleza de ese fracaso se convierte en lo más importante del relato.

Pero, en su mayoría, estos autores y sus personajes se divierten: roban en Londres y en París, estafan en Nueva

York y en Ostende, ríen de camino al banco... y no porque hayan confiado en los bancos alguna vez. Mi intención con *Villanos Victorianos* ha sido, en todo momento, que se lea como una excursión festiva al pasado. Cuando terminé de montar el manuscrito definitivo, me alegró descubrir que las primeras palabras del primer relato eran: «Hagamos un viaje».

MICHAEL SIMS